EL CURA BROCHERO Y LA PALESTRA DEL ESPÍRITU

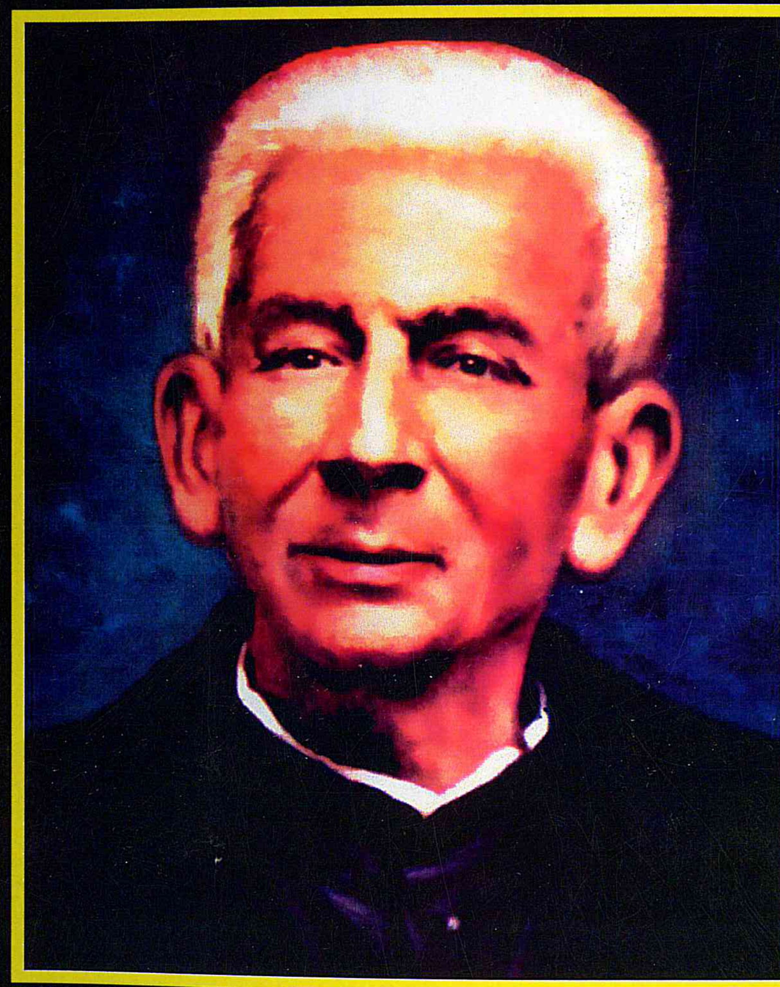


Sabía el Cura Gaucho que forjar a sus criollos en la fragua de los Ejercicios era el mejor servicio que podía prestar a la Santa Madre Iglesia y a esta Patria Argentina que tanto amó.

Guardemos en nuestro corazón, y pongamos en práctica, entonces, el consejo que este criollo santazo les daba a los ejercitantes, llamándolos de este modo a la perseverancia para poder conservar e incrementar los frutos obtenidos: *"Imiten a mi mula Malacara, a quien, por la noche la encierro en un cerco y a pesar de que encuentra en él pasto para su alimento no puede permanecer allí mucho tiempo. Salta el cerco y luego se presenta en la Casa de Ejercicios".*

ISBN
978-987-05-7744-7

EL CURA BROCHERO Y LA PALESTRA DEL ESPÍRITU



Daniel Omar González Céspedes

Prólogo P. Ramiro Sáenz

Daniel Omar González Céspedes

EL CURA BROCHERO

Y LA PALESTRA DEL ESPÍRITU

PRÓLOGO
P. RAMIRO SÁENZ

González Céspedes, Daniel Omar
El cura brochero y la palestra del espiritu. - 1a ed. - Mendoza : el autor, 2009.
55 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-987-05-7744-7

1. Brochero José Gabriel del Rosario. Biografía. I. Título
CDD 922

Fecha de catalogación: 20/11/2009

Diseño de tapa e interior: María Margarita Diez.

E-mail del autor: gonzalez_cespedes@yahoo.com.ar

ISBN: 978-987-05-7744-7

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

IMPRESO EN ARGENTINA

A mi amada esposa, mi reina Mariana, una convencida de que los Ejercicios Espirituales son uno de los mejores métodos para la salvación y perfección del alma y a nuestros tres pequeños hijos, María de Fátima, José Luis y José Gabriel del Rosario; con la esperanza de que cuando llegue el momento encuentren en estos "baños del alma" -como le gustaba llamarlos el Cura Brochero- el camino para su salvación.

"Su manía eran los Ejercicios Espirituales de
San Ignacio de Loyola, al cual se pareció no poco ".
(R.P. Leonardo Castellani, S.J.)

"JOSÉ GABRIEL DEL ROSARIO BROCHERO (1840-1914), Cura de la arquidiócesis de Córdoba en Argentina. Fue un pastor dotado de gran espíritu de sacrificio y extraordinaria caridad pastoral y social. Sirvió a la gente más pobre del campo, compartiendo su vida y promoviendo en ella la elevación humana y religiosa, especialmente a través de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Murió leproso y ciego."

(Decreto de la Congregación para la causa de los Santos del 19-4-2004)

AGRADECIMIENTOS

Enseña San Ambrosio que *"No hay deber mayor que el agradecimiento"*.

Siguiendo, pues, esta santa enseñanza, deseo hacer público mi agradecimiento a determinadas personas.

Al Dr. Rafael Luis Breide Obeid quien acogió este trabajo en forma de artículo en la prestigiosa Revista Gladius que dirige.

A las Sras. Profesoras María Silvina Martínez de Pollicino y Gretel Chocholous de Sottile, quienes volcaron todo su conocimiento y su amistad realizando una fecunda corrección.

A S.E.R. Mons. Antonio Juan Baseotto, quien a pesar de sus múltiples obligaciones pastorales, tuvo el tiempo para leer los borradores y la delicadeza de enviarme una caritativa y paternal epístola referida a este trabajo.

A los sacerdotes y religiosos amigos, incardinados en distintas diócesis de la Patria y del extranjero que supieron aconsejarme y guiarme; especialmente al querido Pbro. Ramiro J. Sáenz, por el prólogo.

PRÓLOGO

Ha sido una excelente idea rescatar no solamente la figura sacerdotal de Brochero sino su obra de Ejercicios Espirituales.

Si hoy la Argentina existe y la Iglesia tiene vitalidad es por esos grandes hombres, laicos o sacerdotes, privados o públicos, que las han sostenido y alimentado. Y no olvidemos que los modelos, los paradigmas que un pueblo tiene, expresan su ideal de vida y anticipan su futuro.

Brochero es una figura sacerdotal criolla no suficientemente conocida y aprovechada. Muchas veces todo queda en la anécdota, su picardía o su simpática personalidad. Ante este Brochero folclórico, parte del antiguo paisaje cordobés, debe aparecer el sacerdote de virtudes heroicas. El de las grandes hazañas apostólicas que suponen, no sólo, al hombre de fe, sino también al de vida interior, al asceta, al abnegado, al prudente, al magnánimo y de grandes ideales sacerdotales.

Es un acierto de Daniel González Céspedes haber destacado la obra de los Ejercicios Espirituales como su instrumento más eficaz. Quien los conoce, entiende perfectamente por qué con ellos transformó su vastísima parroquia. Allí se plantean los grandes temas de la vida, como el fin último, el conflicto del bien y del mal, el seguimiento de Cristo *usque ad mortem*. Hoy, ante las pavorosas necesidades de evangelización se realizan encuestas, se convocan encuentros y se elaboran documentos. Y todo sigue peor y no se sabe por qué. La pastoral brocheriana es la respuesta para una nueva y eficaz evangelización.

PBRO. RAMIRO SÁENZ

INTRODUCCIÓN

Con motivo de recordar el 140º aniversario de la ordenación sacerdotal del Venerable José Gabriel del Rosario Brochero (4 noviembre de 1866) y deseando de algún modo sumarnos a las celebraciones por tal acontecimiento, nos animamos a redactar unas pocas y pobres líneas sobre el método pastoral por él elegido para atraer su feligresía a Dios. Nos referimos a los Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola. Si bien es cierto que el Cura Gaucho merecía un homenaje mejor, vaya en descargo nuestro que suplíamos la poquedad y pobreza en la narración, con nuestra fervorosa devoción a Brochero.

El Director de la Revista Gladius, Dr. Rafael L. Breide Obeid, lo recibió y lo publicó en el Nº 68.

Providencialmente se nos ofrece ahora una nueva publicación pero esta vez en forma de librito y no queremos desaprovecharla ya que recordamos el deseo de S.S. Juan Pablo II, expresado en el nº 15 de su Exhortación Apostólica Postsinodal *"Ecclesia in America"*, de enero de 1999, cuando decía: *"Para fomentar cada vez más su imitación (la de los santos y beatos de América) y para que los fieles recurran de una manera más frecuente y fructuosa a su intercesión, considero muy oportuna la propuesta de los Padres sinodales de preparar «una colección de breves biografías de los santos y beatos americanos. Esto puede iluminar y estimular en América la respuesta a la vocación universal a la santidad»"*.

Pero este librito, se nos podrá objetar, no es una biografía sobre el Cura Brochero. Si bien es cierto, no obstante, creemos que al abordar la acción pastoral llevada a cabo a través de los Santos Ejercicios no estamos tan lejos de una breve semblanza del Venerable; ya que pasó su vida, justamente, predicando tandas.

El trabajo aquí presentado no varía en nada al ya publicado en la Revista Gladius.

Por último, queremos declarar que si le llamamos en algunos párrafos "santo" a nuestro Cura, no significa en absoluto adelantarnos al prudente juicio de nuestra Santa Madre Iglesia, a la cual nos queremos someter siempre y en todo con gozosa piedad filial.

EL AUTOR

I

ENAMORADO DE LOS EJERCICIOS

¡Salve, oh Cristo Rey!
Tú me invitas a luchar en tus batallas, y yo no pierdo un minuto de tiempo; con el entusiasmo que me dan mis veinte años y tu gracia, me inscribo animoso en las filas de tus voluntarios. Me consagro a tu servicio, para la vida y para la muerte. Tú me ofreces como emblema y como arma de guerra, tu cruz".

BEATO JUAN XXIII, Diario del Alma.

De la vasta obra apostólica llevada a cabo por nuestro Venerable José Gabriel del Rosario Brochero, la predicación de los Santos Ejercicios Espirituales según el método de San Ignacio de Loyola ocupa un lugar preeminente. Y esto es así ya que vivió en carne propia la eficacia de los mismos.

Sabe el Cura Gaucho de los grandes frutos de santidad que producen los Ejercicios Espirituales y cómo comunican la verdadera luz del cielo a las inteligencias y hacen que la gracia venza los corazones, aún los más duros. Porque éstos no consisten solamente en una serie de actos, de meditaciones, de oración, de concentración espiritual en un ambiente de silencio. Están en el interior de todas esas cosas y en la intimidad de cada ser, como un impulso hacia Dios.

"Palestra del espíritu"[1], los llamó años más tarde el gran Pontífice Pío XI.

[1] "En esta insigne palestra del espíritu, el entendimiento se acostumbra a pensar con madurez y ponderar justamente las cosas, la voluntad se fortalece por extremo, las pasiones se sujetan al dominio de la razón, la actividad toda del hombre, unida a la reflexión se ajusta a una norma y regla fija, y el alma, finalmente se eleva a su nativa nobleza y excelencia". Pío XI: Encíclica *Mens Nostra. Nº 6.*

En estos Santos Ejercicios Espirituales las facultades naturales se van perfeccionando; también se contribuye a la formación sobrenatural del ejercitante y, finalmente, se forja el apóstol. En síntesis, en estos Retiros se produce el milagro de la conversión; nos despojamos de aquel hombre viejo y nos revestimos de Cristo.

Siendo seminarista, en Córdoba, el joven José Gabriel los realiza en la Casa de Ejercicios que dirigían los Padres Jesuitas.

Este primer grupo de misioneros destacado por su celo sacerdotal a la hora de promover los Retiros fueron audaces e infatigables adalides. Recorriendo pueblos y aldeas misionaban e invitaban a las tandas, que por bendición de Dios, se sucedían unas a otras; siendo cada vez mayor el número de paisanos. ¡Llegaron a ser 400 ejercitantes!

Las crónicas de la época son elocuentes: en sólo nueve años los Padres de la Compañía de Jesús realizaron más de 150 tandas, con un concurso de más de 15.000 ejercitantes, de los que más de 10.000 fueron hombres.

Cabe destacar que esta primera Casa de Ejercicios fue donada por Don Mariano Vicente González, quien tuvo, justamente, la feliz iniciativa del regreso de los jesuitas en 1859, luego de un siglo de su injusta expulsión. Expulsión que no dudamos en calificar como trágica para nuestra Patria Argentina.

Pero en las tandas de Ejercicios se encontraban, debido a la cantidad de asistentes, no sólo con problemas asistenciales o logísticos, sino también de urgencias doctrinales. ¡Y gravísimas! Muchos paisanos no conocían siquiera los principios elementales de la doctrina cristiana. Otros, lamentablemente, ya habían olvidado todo. Los misioneros jesuitas solicitaron una entrevista con el R.P. Uladislao Castellano, rector del Seminario de Nuestra Señora de Loreto, a fin de que les ayude con algunos seminaristas para leer en las tandas y poder realizar la tarea de doctrineros con los gauchos sin instrucción. Allí fue el seminarista José Gabriel del Rosario con tantísimo gusto. Hablando sencilla y profundamente a la vez, llegó al alma del criollo.

Uno de sus mejores biógrafos, el Padre Antonio Aznar, S.J. cita un informe del Padre Bustamante S.J., donde dice que: "allí acudía Brochero a ejercer ese ministerio. Que era habilidoso y cumplía con el cargo de doctrinero de los hombres rudos a las mil maravillas".[2]

Concluye sus estudios teológicos y si bien como decían sus profesores "no podía ser sino sacerdote", en el alma de nuestro joven seminarista comienza a librarse una feroz batalla. Se sentía indigno ante lo excelso del orden sagrado. No se decidía finalmente a abrazar el estado eclesiástico.

Para superar este trance que lo turbaba se le aconseja que entre a Retiro.

El sacerdote que predicó era el R.P. Cubas. Será en la meditación de las dos Banderas donde ve claramente que el Señor lo llama al estado eclesiástico. Refiere el doctor Cárcano que "la constante preocupación de su juventud fue el sacerdocio. Se le presentaba a la mente como un ministerio digno sólo de hombres superiores. No sabía qué estado adoptar, si el seglar o el eclesiástico, cuyas puertas se le abrían. Su espíritu fluctuaba y su corazón sufría con esta indecisión… Que en la plática, en que se bosquejaron las exigencias y sacrificios de una y otra bandera, la duda ya no atormentaba su alma y ser sacerdote era para él una resolución inquebrantable".[3] El Padre Horacio Ferreira quien acompañó muchas veces al Cura Gaucho atestigua lo mismo: "Precisamente en la meditación de las dos Banderas es donde vio claramente que lo llamaba el Señor para sacerdote y serle apóstol".

Se dirige por nota el 14 de mayo al Obispo para solicitarle su admisión al sacerdocio: [4]

---

[2] Aznar, Antonio: *El Cura Brochero. Vida heroica y santa,* p. 11.

[3] Aznar, Antonio: Idem p.12.

[4] Conferencia Episcopal Argentina: *El Cura Brochero. Cartas y Sermones,* pp. 103 y 104.

"Ilustrísimo Señor Obispo Diocesano:

José Gabriel Brochero, clérigo minorista de este Obispado, hijo legítimo de Don Ignacio Brochero y de Doña Petrona Dávila, vecinos de la Villa de Santa Rosa en el Curato del Río Primero de esta provincia, ante Vuestra Señoría Ilustrísima con el más profundo respeto y como más haya lugar en derecho, parezco y digo:

Que habiendo terminado el curso de Sagrada Teología y Derecho Canónico en este Seminario, y teniendo ya más de veinte y seis años de edad, según puede comprobarse por el expediente seguido para mi tonsura y órdenes menores, he examinado nuevamente mi vocación, y -permaneciendo firme en el propósito de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Santa Iglesia por medio de los órdenes mayores hasta el Presbiterado- si Vuestra Señoría Ilustrísima se digna acogerme con benignidad y contarme en el número de los Ministros Sagrados, deseo dar principio a la recepción de otros órdenes en el tiempo y forma que Vuestra Señoría Ilustrísima tuviera a bien, para lo que me preparo con el estudio de la Teología moral y sagradas ceremonias, estando dispuesto a tomar oportunamente los Ejercicios espirituales.

Mas no teniendo título canónico que presentar por la suma escasez de recursos en mis padres, y por no habérseme ofrecido hasta hoy ninguna Capellanía, me es forzoso implorar de la benignidad de Vuestra Señoría Ilustrísima se digne admitirme a título de Coadjutor de Párroco o de servicio de la Iglesia, o como Vuestra Señoría Ilustrísima juzgue más propio para suplir el defecto de título expreso en el derecho.

Por tanto:

A Vuestra Señoría Ilustrísima suplico que habiéndome por presentado, se sirva proveer como corresponde al objeto que solicito. Es gracia, y para ello [...].

Ilustrísimo Señor.

José Gabriel Brochero.

El 4 de noviembre de 1866 recibirá, junto a Juan Martín Yáñiz, la ordenación sacerdotal de manos del Obispo de Córdoba, Monseñor José Vicente Ramírez de Arellano. Y el 10 de diciembre, Solemnidad de Nuestra Señora de Loreto, Patrona del Colegio Seminario, canta su primera Misa. En dicha oportunidad fue acompañado por el Rector del seminario, el P. Uladislao Castellano, padrino del altar; el fundador de la Casa de Ejercicios; y el Padre Cubas, quien predicó en dicha ocasión.

¡Allí está el neo sacerdote José Gabriel del Rosario Brochero dispuesto a librar la batalla por el Reino, enarbolando la bandera de Jesucristo Rey, como fiel soldado del Sumo Capitán y Señor Nuestro!

Al otro día apareció en la prensa local este mensaje: "Saludamos al joven sacerdote que, formado al lado de otros ilustrados y virtuosos, ha de saber comprender su elevada misión y colocarse sobre las miserias que nos rodean, para predicar la verdad evangélica"[5]

En 1867 es designado teniente cura de la Catedral. Sin embargo sigue concurriendo a su querida Casa de Ejercicios ayudando como doctrinero y lector. El Padre Bustamante, en sus anotaciones, refiere que "oye también allí confesiones, tiene algunas pláticas y va tomando experiencia en los Ejercicios, dando alguna meditación".

A fines de ese mismo año el horror del cólera morbo llegó a la provincia de Córdoba. Más de cuatro mil fueron las víctimas mortales, computándose solamente en la capital la estremecedora cifra de dos mil trescientas sesenta.

El joven sacerdote frente al peligro de esta peste que los asolaba se lanzó con valor y desprendimiento a ayudar en todo lo que podía. Día y noche trasladando enfermos o curándolos, asistiendo espiritualmente a los moribundos; en una palabra, encarnando la enseñanza del Divino Maestro de que "No hay amor más grande que aquel que da la vida por el prójimo" (Jn. 15, 13).

[5] *El Eco de Córdoba*, 11 de diciembre de 1866.

Disminuyó la peste y se traslada a su Santa Rosa para descansar unos días; pero recrudece otra vez la epidemia y vuelve a dedicarse al servicio del más necesitado.

Pese a haber estado permanentemente en contacto con los enfermos y moribundos, la peste a él no lo atacó. ¡El Señor lo preservó, pues tenía otros planes para él!

Terminada, ahora sí, la epidemia quedará como Prefecto en el Seminario.

II

EL CURATO DE SAN ALBERTO

"Al divisar la tierra que el Señor le destinaba -¡y desde toda la eternidad!- y al pensar en la grey de la que debía ser pastor, se sintió henchido por un tumulto de emociones. Abrió los brazos a los cuatro vientos, para dedicar a todos un abrazo y un saludo desde ese hermoso mirador, y luego los recogió para trazar sobre ellos su bendición. Esa bendición era una sombrilla de gracias para todos sus feligreses y, para él, un compromiso de amor y de entrega".

FRAY CONTARDO MIGLIORANZA, El Cura Brochero

El 24 de noviembre de 1869 parte nuestro Cura Gaucho, acompañado por un baqueano, hacia la sede de su curato, en la Villa de San Pedro. Había sido nombrado en carácter interino en reemplazo del misionero dominico Francisco Aguirre. Lo aguardan tres largas jornadas de viaje en mula a través de los más de dos mil metros de altura de la Pampa de Achala.

El curato de San Alberto abarcaba cuatro departamentos del oeste cordobés, con una extensión aproximada de veintitrés leguas de este a oeste y casi igual de norte a sur. San Javier tenía una población de 12.965 habitantes; San Alberto, 10.118; Minas, 8102 y Pocho, 6210 habitantes; esto es, más de 37.000 almas por atender. Súmensele los pueblos vecinos de San Luis y La Rioja que también debían ser atendidos debido a la escasez de curas.

¿Cómo eran los pobladores? Indolentes y despreocupados; la indiferencia religiosa reina entre no pocos de ellos. Otros, entregados a los vicios del robo y de la borrachera, y no pocas situaciones irregulares faltaban en la vida familiar. La capilla de San Alberto se encontraba en ruinas. Monseñor Leal calificó a este curato en lo referido a la moral como "una inmensa selva azarosa".

Pero el celo por las almas consume el corazón de Brochero, que no es de esos que se arredra ante el primer obstáculo. ¡Y como si fuera poco, tiene a su Purísima a quien ama con locura!

"'Purísima' Virgen Madre,
piadosa y bella María,
Madre de Jesús y mía,
en quien puedo yo confiar;
hoy te vengo a encomendar
mi pobre feligresía.
....

Tú bien sabes que, en mi grey,
Hay muchos hombres alzaos;
-que de Dios se han olvidao,
y se andan medio perdidos;
-a todo estoy decidido
pa que vuelvan a tu lado.

Pa cumplir con este empeño,
necesito de tu ayuda;
esta gente es medio ruda,
mas tiene güen corazón;
-si hay alguien que los sacuda,
mejoran su condición.
....

Somos todos hijos tuyos,
'mi Purísima' María;
-que bajo tu amparo, un día,
al Reino de Dios lleguemos;
y, allí, con Jesús, gocemos
de eterna paz y alegría.
-Amén.[6]

---

[6]Triviño, Julio, *El Cura Brochero. Poema criollo,* pp. 111 y 112.

Abandonado completamente a la Providencia de Dios toma el curato en dificilísimas circunstancias y a fuerza de enormes sacrificios lo irá mejorando y elevando. Sabe de la transformación que se lleva a cabo en el alma con los Ejercicios. Éstos eran lo que aquellos paisanos necesitaban. El propio San Ignacio de Loyola nos lo dice: "Ejercicios Espirituales para vencer a sí mismo, y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea".[7]

Contra el ambiente de ligereza e irreflexión en esas almas despreocupadas de las cosas eternas adoptó el arma necesaria y urgente.

Apenas llegado a su destino lo primero que hizo nuestro Venerable fue empaparse de éste, conociendo su cultura, sus vidas, sus metas y aspiraciones. Criollo de la más genuina cepa supo adaptarse notablemente al lugar y a las personas. Visitando ranchos desperdigados por quebradas y vegas les hablaba y les escuchaba.

Se encontró con muchos tipos de falencias morales y estructurales. Varias poblaciones no contaban con capillas y, donde existían, estaban en tal estado que había que reconstruirlas.

Se lanzó pues a las obras de las capillas de San Pedro y de San Vicente. Aquí sufrió el primer golpe. Comenzaron los generosos ofrecimientos pero al poner manos a la obra todo se truncó. Desairado por los indolentes criollos, escribe con dolor a sus amigos: *"El abandono y dejadez en que religiosamente por aquí se vive, junto con la ignorancia y la desidia, son sumamente lamentables"*.

Pero decíamos que Brochero no era de aquellos que bajaban los brazos por un revés. Todo lo contrario. Se convirtió él mismo en constructor, administrador, albañil y peón.

---

[7]San Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, Nº 21.

Recorrió puestos y ranchos golpeando puerta a puerta en busca de recursos para la reconstrucción de la capilla. Llegó hasta San Luis y La Rioja. Todo lo que le ofrecían venía bien: desde animalitos hasta cargas de carbón y leña. Una tarde regresó guiando una vaca con chivos y corderos. Con estos primeros recursos adquirió las herramientas para construir el horno de ladrillos. La obra siguió su curso hasta que del día a la noche los obreros que había conseguido no volvieron. Pero no desesperó. La Providencia no abandonó a nuestro apóstol. ¡Dieciséis jóvenes vendrían en su ayuda!

En San Javier estaba veraneando Monseñor Uladislao Castellano -rector del Seminario- con sus jóvenes seminaristas. El Padre Brochero habló con el rector; y con su palabra y ejemplo encendió el corazón de estos jóvenes seminaristas. Así refiere Cárcano este episodio: "Esos jóvenes estudiantes se transformaron en diestros amasadores de cal y boleadores de ladrillos, sin rendirse en la tarea, seducidos por el ejemplo del virtuoso Cura".

Llegada la fecha prefijada, el querido Monseñor Castellano tuvo la dicha de inaugurar la nueva capilla y de celebrar la primera Misa cantada.

Prosiguió nuestro incansable apóstol predicando a Cristo con su ejemplo y con la palabra y haciendo obras.

Es muy cierto que tener templos es imprescindible. Pero nuestro Venerable quería más. Podríamos decir que era un "eterno insatisfecho". Siempre más si se trataba del bien de la grey a él confiada.

Su sueño siempre fue el de poder levantar una gran Casa de Retiro porque en los Ejercicios es donde se produce un cambio total en la vida. Tal es así que se puede hablar de un antes y después de los Ejercicios.

Su espíritu luchador lo llevó a preparar pronto el ambiente para que los lugareños conocieran y gustaran los Retiros, sacando los frutos necesarios para su alma. Pero no todos eran tan dóciles. Los más eran bastantes remolones, resistiendo altivamente a aquel que pretendía separarlo de la vía del vicio. ¿Cómo conducir, pues, a éstos?

Nuestro cura gaucho así lo recomienda: *"Cuando te hallas sobre la mula ante mucha hacienda brava, para pasar no haces que el animal tire coces. Con el anca poco a poco te abres paso. Así, no tires coces a los pecadores, exacerbándolos con palabras duras y ofensivas. Aunque vencieres y te aplaudan, las coces siempre dejan roncha y la roncha escuece. Mal volverán a Dios quienes así quedaren humillados y resentidos. Abrámonos camino poco a poco y como con el anca, orando y trabajando".*

Durante años llevó a cabo la obra quijotesca de llevar gente a Córdoba para hacer los Retiros. Y recalcamos lo de quijotesca pues las dificultades eran enormes, casi insalvables. Córdoba se encuentra a más de treinta leguas, equivale a tres jornadas de marcha sobre el lomo de la cabalgadura. Debían remontar los 2.300 metros sobre el nivel del mar y atravesar la Pampa de Achala. La expedición debía ser organizada durante el invierno puesto que es cuando los paisanos estaban más desocupados de las tareas del campo. Y es, precisamente, en esta época del año cuando los caminos se tornan casi intransitables debido a las lluvias, al barro y a la nieve. Más antes de la expedición, tenemos a nuestro cura andando centenares de leguas yendo a Córdoba para buscar limosnas y ayuda.

Temple y coraje espiritual, penalidades y sufrimientos. ¡Todo por sus amados hijos!

Han llegado hasta nosotros testimonios de cómo buscaba candidatos para que participaran de los Ejercicios Espirituales. Explicaba pacientemente en qué consistía este medio tan eficaz para la conversión y santificación de las almas, refiriendo al mismo tiempo las conversiones de grandes pecadores. Y no sólo personales serían los bienes obtenidos sino que también resultarían para las familias y para toda la sociedad.

Pero no creamos que de primera instancia invitaba a algún alma al Retiro y listo. Debía allanar mil trabas. Repetir mil veces la invitación, resolver los miles de problemas y proveer a las miles de necesidades de cada uno de los que participaría. Entiéndase que por añadidura de los que quedarían.

Veamos algunos casos concretos de cómo actuaba nuestro Venerable.

"Por entre unas breñas -atestiguó el viejito Altamirano- que atravesaban el sendero, y en la cuesta del gaucho, descendió el señor Cura. Con su clásica mula tordilla, vistiendo un sombrero de castor negro, de alas anchas, con poncho, daba la impresión de un criollo bien apuesto. Era de recia constitución física. Se apeó de la mula y, llegado al rancho, dio unas palmadas, mientras con donaire sin igual miraba y decía: '¡Aquí vengo a darles música!'. Se sentó con calma y pidió un mate. Les reconvino del descuido en que espiritualmente vivían, de su alma y de lo que se debe a Dios. De lo que eran sus Ejercicios y sus bendiciones. Solventaba las dificultades, los oía y los dejaba comprometidos".

Y también se lo vio echarse a los pies de duros y rebeldes y con el Crucifijo en la mano se abrazaba a ellos rogándoles con lágrimas en los ojos que fueran a las tandas de los Ejercicios. Algún mal pensado podría decir que era un recurso para obtener lo que pretendía. ¡No! Eran lágrimas que brotaban de su corazón de apóstol.

En cierta población apartada vivía un hombre escandaloso. Como sabía que Brochero lo andaba buscando huía siempre de él. Pero cuando menos lo esperaba, el Cura Gaucho lo sorprendió en su misma casa. Con voz enérgica lo intimó a que entrase en Ejercicios Espirituales si no quería experimentar la ira del Todopoderoso.

Aterrorizado por esta advertencia el pecador sufrió una transformación repentina. Lloró y prometió realizar los Ejercicios Espirituales; lo cual cumplió. Al salir de éstos, llevó una vida totalmente distinta a la anterior.

Dijimos ya que Brochero organizaba las expediciones a Córdoba para llevar a su feligresía a los Santos Ejercicios. La primera expedición contó nada más ni nada menos que con ochenta paisanos. Tanto se expandió la fama de los Retiros que en la segunda tanda superó los cien hombres.

Su donaire y gracia estaban siempre presentes para animar el sufrido paso por las sierras nevadas. El viejito Guzmán cuenta que se les cruzó un zorro rojo y que Brochero exclamó: *"Mirad que dicen que es muy mala suerte dar con zorro de este color. Anden alertas los guías"*. Y de regreso, ya en el faldeo, encontrándose con uno que llevaba una tropilla de pavos negros para vender, dijo: *"Dicen que es de mal agüero en desacuerdos dar con pavos negros. En llegando a casa muy pianitos con la mujer. Mucha cordura, hijos"*.

Muy pronto las mujeres también le reclamaron al Cura y éste se puso en campaña para organizar tandas especiales para ellas. Las expediciones se tornaban mucho más sacrificadas. Muchas anécdotas quedaron de estas largas noches invernales en las sierras.

En una de estas expediciones y subiendo la sierra de Achala la caravana fue sorprendida al anochecer por una gran tormenta de nieve. A esa altura el frío era insoportable. Pero gracias a Dios encontraron un socavón en la montaña donde pudieron entrar y pasar así la noche.

Allí dentro sólo oscuridad, incertidumbre, tiritar de cuerpos, cansancio, hambre y apunamiento. Para poder entrar en calor las mujeres debieron "encogerse como ovillos" y apretarse unas con otras.

Por la mañana pudo el Padre Brochero desenterrar un poco de leña para hacer un fuego y animarlas con algunos mates. Continuaron la marcha no sin dificultades, pero gozosas de poder ofrecer ese sacrificio al Rey de reyes.

Todo gran acontecimiento debe ser festejado como corresponde.

¡Cómo no festejar, entonces, la partida de aquel hombre viejo y la llegada del hombre nuevo, experimentada a través de esos días de estar con Dios!

Ya Brochero dejaba todo preparado y organizado para celebrarlo como una gran fiesta.

Los ejercitantes llegaban y debían pasar por entre arcos y ramas, cual ejército victorioso, al tiempo que repicaban las campanas y bombas y cohetes explotaban en el aire.

Estos primeros ejercitantes, y los que vendrían después también, eran recibidos como héroes ya que se vencieron a sí mismos para

poder servir mejor a Dios y al prójimo.

Nuestro Venerable que supo captar la psicología popular también usaba de estas fiestas para impactar al paisanaje y como propaganda para promover futuras tandas.

¡Había que ver a los familiares esperando a los suyos que regresaban de los Ejercicios! Y algo semejante ocurría en esos "bravos" que con el corazón henchido de gozo no sabían cómo expresarse para invitar a otros a los Retiros. Una palabra los sintetizaba: "lindísimos" y que, de tan lindos no los podían explicar. Es que los Retiros no fueron hechos para ser explicados, sino para ser vividos. Y estos rudos paisanos los vivieron con genuina intensidad.

Concluyamos este capítulo señalando que en todos estos años no descuidó sus otras tareas de párroco, como la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, el oír confesiones, bautizar, atender enfermos, administrar los últimos sacramentos, adoctrinar, levantar capillas, etc.

III

LA CASA DE EJERCICIOS

"Pues como de día en día creciera en la Iglesia la estima de los Ejercicios, vinieron también a multiplicarse por singular manera las casas a ellos reservadas, verdaderos oasis felizmente colocados en el árido desierto de esta vida, en los que con alimento espiritual se reaniman y confortan a su vez los fieles de uno y otro sexo".

S.S. PÍO XI, Carta Encíclica Mens Nostra

Muchísimas eran las conversiones que se suscitaban en los Ejercicios Espirituales que realizaban en Córdoba. Ya los habitantes de Traslasierra deseaban se levantase una Casa de Ejercicios y con insistencia le pedían a Brochero. Había mucha gente que pese a sus fervorosos deseos por entrar en los Ejercicios no podía hacerlo. Fue entonces que Nuestro Señor intervino a través de una visión prodigiosa.

Vio en sueños que el Niño Dios lo tomaba de la mano y lo llevaba por unos vizcacherales de la Villa del Tránsito. Tan vivo se le representó que le parecía sentir cómo el Niñito Dios le apretaba con su manito uno de los dedos llevándolo hacia un lugar; y paseándolo le iba marcando por orden dónde establecería, edificando, cada una de las dependencias de la Casa de Ejercicios.

Este sueño no es invento popular ni leyenda. Monseñor Raimundo G. Castellanos, quien fuera Arzobispo de Córdoba, refirió que el Cura Brochero había contado este sueño a su madre quien se hallaba presente en cierta visita a las religiosas esclavas.

Determinado, pues, a edificar la Casa; allí comenzó con la planificación encomendándose a la Divina Providencia ya que fe no le faltaba. Sabía que encontraría mil dificultades y trabas de todo tipo. Por ejemplo, al acudir a las autoridades departamentales para recibir ayuda sólo encontró postergaciones y menosprecio.

No creía mucho en las ayudas oficiales. A las sugerencias de peticionar algún subsidio al gobierno, movía la cabeza negativamente y contestaba: *"¡No, mis amigos! Yo no quiero morirme sin ver la Casa de Ejercicios terminada. Si le pedimos plata al gobierno, vamos a hacer un hoyo en el suelo de tanto esperar sentados…"*.

Los edificios del Tránsito calculados por los ingenieros de Juárez Celman en $400000 los hizo el Cura con $52000 de limosnas.

Para tan magno emprendimiento buscó, en primer lugar, a personas entusiastas y de confianza como por ejemplo a Ireneo Altamirano (mayordomo de la obra), Juan A. Aguirre (tesorero) y Fidel Gallardo quien confeccionó los planos.

La búsqueda de material y de todo tipo de colaboraciones estuvo a cargo del mismísimo Brochero. Recorriendo con su macho Malacara el curato, ejerciendo su ministerio sacerdotal, visitando familias, bautizando, casando, rezando por los difuntos, confesando, no faltaba oportunidad en que les hablara de la Casa de Ejercicios y pedía apoyo de todo tipo, material, efectivo o mano de obra.

El comienzo de las obras coincidió con las Fiestas Patronales. Acudieron aquel 15 de agosto de 1875 centenares de paisanos ya que deseaban honrar a la Patrona, Nuestra Señora del Tránsito o de la Asunción y, al mismo tiempo estar presentes en la colocación de la piedra fundamental de la Casa de Ejercicios.

¿Cómo se desarrolló este acontecimiento? La procesión, entre repiqueteos de campanas, cantos y oraciones, llegó a un hoyo preparado ex profeso para dicho acto.

La Santa Cruz de la procesión fue colocada a un costado del pozo mientras con gozo visible se aproximaba nuestro Apóstol infatigable.

Comenzó con las oraciones preparadas: un Padrenuestro, un Avemaría y un Gloria. Bendijo el hoyo, la piedra basal y el tubo lacrado. Tomó la piedra y la levantó para que todos la vieran, para posteriormente arrojarla estrepitosamente al hoyo con esta originalísima expresión: *"¡Te fregaste, diablo!"*.

Nuestro Venerable Cura, conoce muy bien de las mil tretas del mandinga que "como león rugiente, anda merodeando y buscando a quien devorar" (1 Ped. 5, 8) por eso es que quiere poner en guardia a sus hijos. Esa Santa Casa sería una victoria de Jesucristo Rey. Fray Contardo Miglioranza, en su libro, explica que aquella expresión brocheriana "Más que una expresión vulgar, era un programa de acción, un desafío, una bandera, una promesa de victoria".[8]

En el sermón volvió a explicar la conveniencia de poseer allí la Casa para los Ejercicios y cuál debía ser el espíritu que debía animarlos para comenzar aquella obra.

Invitados por el Señor Cura para la Santa Misa del día siguiente rogó que pidieran a Dios para que esa obra fuese próspera, a la Virgen María para que la Sangre de su Santísimo Hijo no fuese estéril para tantas almas y moviera los corazones de los fieles a contribuir con donativos para la obra y, por último a San Ignacio de Loyola, para que fuese un mundo de almas el que se convirtiera en esa Casa.

Los dos años que transcurrieron durante la construcción fueron de fe y empeño. Todos contribuyeron con lo que tenían.

Síntesis insuperable de estos dos años de esfuerzos en la construcción de aquella Santa Casa, son las palabras del Cura Brochero:

"Los que habitaban en el Tránsito en el año 1875, desde los siete años arriba me llevaban los ladrillos y cal quemada, al pie de la obra, en el hombro o en la cabeza, como lo hacían también las damas y señoritas que me traían la cal cruda de una legua de distancia en árganas o alforjas, para que las quemase en los hornos que estaban en la plaza. Y de diversos puntos me conducían los tirantes a remolque o cincha de mula, viniendo muchas de estas vigas hasta de veinte leguas".

Finalizando las Fiestas Patronales del 15 de agosto de 1877 se inauguró la Santa Casa de Ejercicios. ¿De qué manera? ¡Con una

[8] Miglioranza, Contardo, *El Cura Brochero*, p. 119.

tanda de 700 hombres llegados de distintos puntos del Curato!.[9]

Contemplemos semejante escena: gauchos, jóvenes, ancianos, caudillos y humildes serranos; todos a la espera de poder encerrarse por ocho días anhelando acercarse más al Creador y esperando que Él, con su luz, con su presencia y con su gracia penetrara hasta lo más íntimo de sus corazones. Dios quería que estuviesen allí, practicando los Ejercicios. ¡Qué inmensa gracia!

Todos, los que entraban y los que se quedaban afuera, unidos por un mismo anhelo: comenzar a cosechar los innumerables beneficios que les aparejaría los Ejercicios a los hombres y a las familias; en una palabra, a aquella sociedad.

Ya el Cura Gaucho tenía todo dispuesto. Había preparado un cerco para poder encerrar y tener a buen recaudo los animales de los ejercitantes. Realmente asombra cómo Brochero estaba en todo. Desde lo material hasta las cosas espirituales. Para las tandas iba personalmente a Córdoba y Buenos Aires a seleccionar los predicadores que le ayudarían.

A las seis de la tarde, luego de despedirse de familiares y amigos, y al tañido de la campana, los setecientos hombres se dirigieron a la Capilla.

Y si este número de ejercitantes provoca fervor, júbilo, gozo y entusiasmo, ¡qué decir de las tandas siguientes! En el conjunto de los meses de agosto y septiembre, se dieron otras cinco tandas entre varones y de mujeres, computándose cuatro mil paisanos. ¡Y la última tanda albergó a novecientos!

Ingresemos imaginariamente a la Santa Casa. Sabemos por los testimonios recogidos que inmediatamente después de la invocación al Espíritu Santo, el apóstol de los Ejercicios presentó a los predicadores y dio los avisos; exhortando a todos *"a no menoscabar la sangre preciosísima del Salvador que Él quería aplicar a sus almas"*.

---

[9] Las cifras difieren. Néstor Alfredo Noriega habla de 500 ejercitantes. Creemos, sin embargo, que no mella en absoluto ni opaca la admiración suscitada en esta auténtica epopeya de Ejercicios.

La jornada continuó como es habitual en los Ejercicios.

Cuando aquella legión de ejercitantes se había recostado cada uno sobre sus aperos para poder descansar sonó tres veces una campana, demandando atención. Se escuchó el cántico de saetas:

"Atiende, alma, a las voces
de tu divino Pastor
que hoy te llama desde el cielo
con grande piedad y amor".

Pasando a otro puesto de la Casa se entonó:

"No esperes a convertirte
cuando ya no tengas tiempo,
mira que los años corren
y se pasan como el viento".

Y se concluyó así:

"Dime, si tu fin no alcanzas,
¿a dónde irás a parar?
Sin duda que a los infiernos
por toda una eternidad".

Transcurrido el tercer día, y terminada la plática de la noche, el Padre Brochero les mostró una santa imagen de Nuestro Señor cargado con la cruz.

Repartió rebenques trenzados y los exhortó a que lo acompañaran en la penitencia, explicando cómo llevarla a cabo. Los misioneros presentes y Don Pío Angulo testificaron que el Cura Gaucho "se azotó despiadadamente".

Recordemos que los santos de todas las épocas castigaban duramente su cuerpo y sus sentidos exteriores, convencidos de que ha de mortificarse a todo el hombre, en el estado de naturaleza caída, para ser enteramente de Dios.

¿Qué ocurrió luego? Los ejercitantes se sentían tan culpables y arrepentidos por sus pecados que, siguiendo el ejemplo del Cura, comenzaron a mortificarse. El ruido de los azotes hacía asemejar a una fuerte granizada.

Desde el altar Brochero comenzó a cantar:

"Misericordia, Señor,
misericordia de mí;
a tantas misericordias,
¡cuán mal te correspondí!
Benignísimo Jesús,
cuánto lloraste por mí;
¡oh, cuántas penas sufriste
por ganarme para ti!"

Como elementos necesarios para recordar esos días y los propósitos formulados, el Padre José Gabriel mandó reimprimir el "Directorio y prontuario para los Ejercicios" cuyo manuscrito había pertenecido a la Venerable María Antonia de la Paz y Figueroa.[10]

Concluida la tanda el Cura Gaucho los despedía con estas palabras graciosas y amonestadoras: *"¡Bueno! Ahora vayan nomás y guárdense de ofender a Dios, volviendo a las andadas. Ya el Cura ha hecho todo lo que estaba de su parte para que se salven, si quieren. Si alguno se empeña y quiere condenarse, ¡que se lo lleven mil diablos!".*

[10] En el año 1833 el capellán Domingo Caviedes, en Buenos Aires, mandó imprimirlo con el título de "Directorio y Prontuario para los Ejercicios Espirituales". En 1889 Brochero tomando conocimiento de que quedaba algún ejemplar lo solicito a las Hermanas de la Casa de la Beata, dándole su palabra de *"que en retorno de ése, lo mandaría reimprimir y les traería toda una ponchada".* Y cumplió con su palabra.

Sabemos que Nuestro Señor Jesucristo se valió de la meditación de las Dos Banderas para llamar al Venerable José Gabriel del Rosario Brochero a su Servicio. A través de esta meditación Dios lo impulsó a la heroicidad en su apostolado.

Aquellos que lo trataron aseguran que fue mucho el cariño tomado a esa meditación y que no había oportunidad en que pudiéndola dar, no lo hiciese. "Se la sabía de coro".

Transcribimos con gozo y entusiasmo, algunos significativos párrafos de la célebre meditación:

"Mis amados: Todos nosotros estamos actualmente de viaje para la eternidad. Todas las horas damos un paso más hacia la eternidad. El camino es desconocido, está lleno de peligros y asechanzas. Dos guías, dos conductores se nos ofrecen: Jesucristo y Lucifer... Jesús, Hijo Unigénito del Padre... Jesús, santidad por esencia. Jesús que nos ama en extremo. Jesús que no busca sino nuestra felicidad. ¡Oh, y qué segura es esta guía! La segunda es Lucifer. Lucifer, el mayor enemigo de Dios. Lucifer, espíritu condenado. Lucifer, que nos aborrece en extremo. Lucifer, que no busca otra cosa que nuestra eterna condenación.

¿A cuál de los dos queréis seguir, mis amados? Y qué, ¿habréis perdido el juicio para abandonar a Jesús y seguir a Lucifer? ¿Os aborreceréis tanto para abandonar al conductor del Cielo por seguir al conductor que lleva al infierno? ¡Ah, no hagáis tal cosa, mis amados. Por el contrario, seguid a Jesucristo hasta la muerte, y alistaos bajo de su bandera, por él, el camino que conduce con seguridad al Padre, la verdad que descubre todos los engaños y asechanzas de Lucifer, y la vida donde se encuentra la bienaventuranza eterna."[11]

"Es verdad, mis amados que [Jesucristo] nos muestra el estandarte de la cruz, bajo el cual debemos militar, pero juntamente nos avisa que en la cruz está nuestra salud y nuestra vida; que en la cruz está la defensa de nuestros enemigos y la gracia de las consolaciones celestiales; que en la cruz se halla la fortaleza del

[11] Conferencia Episcopal Argentina, cit., p.60.

corazón, el gozo del espíritu, la perfección de las virtudes y la esperanza de la bienaventuranza eterna.

Es verdad que Jesucristo impone a sus soldados leyes al parecer muy duras; «abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me». Porque «el negarse a sí mismo», importa una renuncia completa de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, y un desprecio de los vanos honores. Pero «el tomar la cruz» es una preparación del ánimo para tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza, tales son: la penitencia, la mortificación del cuerpo, la pobreza de espíritu y la humildad de corazón, cosas todas que se oponen directamente a los tres genios de apetitos que sugiere Lucifer."[12]

"¡Oh, mi Capitán Jesús!
Bien veo ahora que no he militado
Bajo el estandarte de tu cruz,
sino bajo el estandarte de Lucifer.
Bien merezco que tú también me vuelvas las espaldas,
y me arrojes de vuestro servicio.
Pero ya que vuestra bondad quiere vencer mi ingratitud
Y llamarme de nuevo como lo haces ahora,
aquí me tenéis pronto a ejecutar vuestras órdenes
y militar bajo tu cruz.
«Etiamsi oportuerit me mori tecum, non te negabo».
Escojo antes padecer contigo que gozar con el mundo,
alistarme entre tus más valientes soldados
y armarme con el escudo poderoso de vuestra gracia,
para alcanzar victoria no sólo de mis enemigos,
sino de mí mismo, y reinar contigo en la gloria".[13]

---

[12] Conferencia Episcopal Argentina, cit., p.67.

[13] Idem, p. 76.

IV

CONVERSIONES PARADIGMÁTICAS

"Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a Él para oírlo. Mas los fariseos y los escriban murmuraban y decían: 'Este recibe a los pecadores y come con ellos'. Entonces les dirigió esta parábola: ¿Qué hombre entre vosotros, teniendo cien ovejas, si llega a perder una de ellas, no deja las otras noventa y nueve en el desierto, para ir tras la oveja perdida, hasta que la halle? Y cuando la hallare, la pone sobre sus hombros, muy gozoso, y vuelto a casa, convoca a amigos y vecinos, y les dice: 'Alegraos conmigo, porque hallé mi oveja, la que andaba perdida'. Así, os digo, habrá gozo en el cielo, más por un solo pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de convertirse".

Lc. 15, 1-7

Sólo Dios sabe cuántas almas se convirtieron en estos Santos Retiros, valiéndose para ello de su apóstol serrano.

En este capítulo deseamos traer algunos ejemplos de conversiones.

Por la Santa Casa desfilaron almas no siempre de buen vivir sino todo lo contrario; incluso muchas de éstas, al margen de toda ley.

Muchos de estos personajes eran buscados por las fuerzas del orden, pero las pesquisas siempre resultaban infructuosas. Nuestro santo apóstol sabiendo que "el médico no está para los sanos sino para los enfermos" (Mc. 2, 17) salía a buscarlos y los encontraba.

¿Por qué él sí y los otros no podían hallarlos? Dios, en su infinita misericordia, tenía reservado planes muy distintos. Entre atónitos y perplejos quedaban no pocos al verlo llegar acompañado de estos "indeseables", muy mansitos ahora, rumbo al encierro de los Ejercicios.

Un caso muy conocido fue sin duda el del tristemente célebre Gaucho Seco. Era éste un cuatrero que asolaba la zona de San Alberto y se lo apodaba así debido a la crueldad en el trato a sus víctimas.

El Cura Brochero anduvo días enteros, y de nevadas, por entre cerros y quebradas hasta que consiguió dar con su guarida en la zona de Los Gigantes.

El terrible bandolero ni bien lo vio llegar lo detiene sacando un arma. Brochero sacando el Santo Crucifijo le responde: *"es Éste el que te busca, pero antes dame unos mates, estoy agotado"*.

Entre cimarrón y cimarrón y con mucho tacto el Cura Gaucho va penetrando en el alma de este hombre y es así como el Gaucho Seco le va relatando su desgraciada vida. Logró desahogarse y Brochero le dio la calma que tanto necesitaba su pobre corazón.

Llegando a la Villa se divisa un pelotón. Es Brochero que a la cabeza del mismo viene con el Gaucho seco y sus secuaces.

Conmovedora escena la que días después se contempló dentro de la Casa. ¡El Gaucho Seco, con los ojos hinchados de tanto llorar, arrodillado y besando el Santo Cristo!

Y al año siguiente volvió a realizar los Ejercicios con sus hombres.

No podemos dejar de reseñar la conversión de Santos Guayama.

Es cierto que no hizo los Ejercicios, pero su decisión y anhelo por alcanzarlos eran inquebrantables. No lo dejaron.

Durante una semana anduvo internado el Señor Brochero junto a su acompañante Rafael Ahumada por entre desfiladeros, quebradas, bosques, sierras y ríos, hasta que por fin pudo dar con el refugio del último montonero argentino.

Brochero había escuchado terribles historias de este bárbaro y se propuso hacerlo cambiar de vida.

Una vez más vemos irlo tras la oveja perdida.

Desconfiaba Guayama de esa cita predeterminada. Creía que podía ser una emboscada. Pero pronto se dio cuenta de la sinceridad de aquel que venía con esa "santa investidura" y conversaron de criollo a criollo.

Tan santamente le habló y escuchó Brochero, repetidas veces, que el fiero montonero finalmente soltó auténticas lágrimas.

¡Un nuevo corazón para Cristo había sido ganado!

Pasaron varios días juntos. Guayama ayudaba a la Misa y comulgaba.

En una extensa carta a su amigo Cipriano Báez Mesa[14] le cuenta pormenorizadamente el encuentro con Guayama y a qué se comprometía cada uno:

"...Conocedor yo de la gran fama de Guayama, fui a Los Llanos de La Rioja a pedir limosna para la Casa de Ejercicios y para este Colegio (el mejor de la Provincia), y también a tener una conferencia con el famoso Guayama.

Puesto en Chepes, e informado que eran amigos íntimos de Guayama, pagaron a uno de ellos para que me lo campiaria en el desierto comprendido entre las provincias de San Juan, San Luis, Mendoza y La Rioja, y me le entregara una carta mía y otra de un amigazo de él, el Señor Apolinario Tello. En mi carta le invitaba a tener una conferencia toda en beneficio suyo y en el punto que él eligiese, sin exceptuarle el desierto mismo. La del Señor Tello era garantiéndole la sinceridad mía y diciéndole que aceptase sin trepidación cuanto yo le decía y le dijera, porque Dios lo venía buscando por mi intermedio.

Partió el enviado que volvió a los diez días trayéndome el contesto, y diciéndome que lo encontró en El Gigante (creo Provincia de Mendoza). El contesto, que hecho pedazos conservo aún, decía textualmente: 'respecto a lo que Su Señoría solicita, el conductor, le dirá el contenido'. La carta no tiene fecha ni el lugar donde fue escrita. El conductor me dijo que elegía el sábado próximo y que el lugar era Mascasín, distante 12 leguas de Chepes, y última estancia de La Rioja para entrar a la de San Juan.

[14] Carta fechada en el Tránsito, el 21 de diciembre de 1894. En Conferencia Episcopal Argentina, cit., pp. 277 ss.

Puntualmente asistí a la cita acompañado del Señor Apolinario Tello y del conductor de nuestras correspondencias, o sea nuestro confidente guayabero, prometiéndoles yo a los de Chepes que al día siguiente les diría Misa en su Capilla, lo cual no pude cumplirles, porque Guayama no vino en todo el día indicado para la entrevista. Y recién a las 11 de la noche llegó un enviado de él diciéndome que no había venido porque un caballo que traían de tiro para entrar en él al poblado se les escapó y volviéseles al Gigante donde estaban los compañeros. Pretexto que Guayama había puesto para ver quienes me acompañaban, como él mismo me lo expresó en la entrevista.

Despachado en el momento este enviado, acompañado de nuestro confidente guayabero, al día siguiente (domingo) a las 12, volvieron con el Señor Guayama. Y después del saludo, presentación y estrategias de estilo, le hice la siguiente propuesta:

1ro Que yo pagaría a Don Patricio Llanos, vecino de Pozo Cercado (Provincia de La Rioja), la deuda de 700 $ que con él tenía y cualquier otra que tuviese.

2º Que le sacaría indulto del Gobierno Nacional.

Y 3ro que le haría dar una ocupación militar en Buenos Aires o en otra provincia con tal que no fuera ninguna de las cuatro mencionadas.

Y que por su parte únicamente se comprometiese a entrar a Ejercicios en la Casa del Tránsito con 300 de sus amigos, dándoles yo todo lo que necesitasen hasta volver a sus casas".

Santos Guayama prometió a su nuevo benefactor asistir a la tanda inaugural con los 300 hombres; pero esto no pudo concretarse. No le aceptó la ocupación militar, pues ya se sentía cansado y le expresó que dudaba acerca de la posibilidad del indulto.

El cura Brochero saldó la deuda. ¿Cómo pagó aquellos $700? Fue a Pozo Cercado y negoció así la deuda: *"Mi amigo: de lo perdido algo recogido es gran negocio. Le haré a Usted siete funerales por los 700$ que le debe S. Guayama, y Usted me dará recibo de haberle él pagado satisfactoriamente"*

Habló con Tránsito Tello y le pidió una estancia con doscientas vacas *"para que viva y trabaje en ella así que salga de los Ejercicios, a donde irá inmediatamente que yo le saque el indulto"*.

La respuesta de este noble caballero no podía ser otra: "Con mucho gusto, y será la mejor de las que yo poseo".

Se entrevistó con Miguel Juárez Celman y otros personajes influyentes para conseguir que Julio Argentino Roca tramitara el indulto.

Tanto Juárez Celman como Roca lo prometieron; y ¡vaya coincidencia! Ninguno de los dos lo rubricó.

Esto provocó dudas y temor en Santos Guayama. Transcurrían los meses y nuestro apóstol de los Ejercicios seguía carteándose con el montonero.

Entrado el año de 1879, confiado Guayama sale con unos pocos hombres. Lo emboscaron y lo llevaron prisionero a San Juan para finalmente asesinarlo.[15]

Enterado Brochero de tamaña traición se retiró y estuvo todo el día llorando a solas.

Así testimonia Brochero el dolor que lo embargaba: *"Santos Guayama debía estrenar la Casa de Ejercicios junto con los amigos que tenía en el gran desierto comprendido entre San Luis, Mendoza, San Juan y la Rioja. De Guayama se dice que era un hombre muy malo; pero para mí era un manso cordero y un buen amigo"*.

Escribiendo sobre este suceso, el Padre Aznar, S.J. expresa su queja, haciéndonos eco nosotros de ella: "Realmente la indignación revuelve el ánimo, al considerar tanta incomprensión y felonía de parte de los Poderes, ante tantos sacrificios, sinceridad y nobleza de parte de Brochero.

---

[15] Parece que los hombres de la tan mentada "Civilización" se manejaban así con los "bárbaros". Recordemos que cuando el General Ángel Vicente Peñaloza, el "Chacho", devuelve los prisioneros tomados al Ejército nacional hace notar las perfectas condiciones en que los habían tratado; pero cuando reclama los suyos obtiene sólo silencio, ya que habían sido brutalmente asesinados. Y él mismo fue también otra víctima más de los "civilizados".

¡Qué triste, que aquellos hombres fueran antes políticos que nobles cristianos!".[16]

Podrían llenarse volúmenes enteros con testimonios acerca de cómo se las ingeniaba el Cura Gaucho para llevar gente a los Retiros. Muchos de éstos, lamentablemente, han pasado como una anécdota más del famoso Cura; graciosa y picaresca, pero nada más. No queremos que sea así. Volemos alto y veamos estos hechos sobrenaturalmente.

En cierta ocasión andaba Brochero tras los pasos de un hombre de considerable fortuna pero perdido por la bebida.

Supo que había provocado daños en el hotel de Mina Clavero y que por eso se le había entablado una querella. Al tener que ir a declarar, pensaba Brochero, pasaría a tomar unos tragos y no se levantaría más. Por eso nuestro Cura se puso de acuerdo con el Juez y este sujeto fue llamado a prestar declaración.
Ocurrió tal como había sido pensado.

Brochero lo hizo conducir a la Casa de Ejercicios y lo acomodó en un catre hasta que se le pasara la borrachera.

Al otro día y sin los efectos del alcohol, no sabiendo qué sucedía ni dónde se hallaba comenzó a los gritos. Allí fue nuestro incansable apóstol y le planteó la disyuntiva: había faltado a la citación del juez. Podía estar quince días en un calabozo o, por lo menos, tres en esa Casa de Ejercicios escuchando las meditaciones.

Transcurridos los tres días (era mejor que quince en un calabozo), Brochero le informa que podía retirarse.

¡Había que ver cómo operó la gracia en ese hombre! De rodillas le suplicó al Cura que no lo echara, que le permitiera quedarse con los otros porque estaba comenzando a comprender.

En cierta ocasión anduvo mucho tiempo buscando a un anciano que vivía una vida licenciosa y escandalosa. Como no podía "atraparlo" se puso de acuerdo con un compadre de éste para que, sin mentir, fingiera una enfermedad grave. Lo invitaría a que arreglasen cuentas y pedirse perdón.

[16] Aznar, Antonio: ob. cit., p. 54.

El escandaloso anciano llegó a la cita y mientras lloraban los dos por la terrible situación apareció el Padre Brochero, quien instó al anciano a que hiciera los Ejercicios por la salud de su compadre. Al finalizar ese Retiro los dos compadres se reunieron para festejar la conversión.

Sólo un alma grande y que derrocha caridad puede lograr esto.

Aprovechando sus viajes a Santa Rosa del Río Primero le inculcaba al Cura del lugar, el P. Horacio Ferreira, que levantara una Casa para Ejercicios Espirituales. *"Si queréis tener fe y piedad sincera en la parroquia, levantad la Casa de Ejercicios"*, le insistía.

La llegó a contemplar con mucho júbilo. Incluso, ya casi ciego, entró a realizarlos haciéndose leer las meditaciones.

A todos sus parientes los fue llevando al santo encierro. Pero destaquemos el testimonio que dio su sobrino Pío C. Dávila. Durante muchísimas ocasiones lo invitaba a que entrase en Retiro pero por una u otra causa nunca podía.

Enfermó gravemente su, hasta entonces, única hija y en una de las visitas, su tío le dijo: *"Si vos me autorizas, yo haré una promesa para que sane tu hija, pero con la condición de que vos la cumplas"*.

A los pocos días la pequeña sanaba. Brochero le reveló entonces la promesa: *"Bueno, tu hija está curada, pero para ello prometí que vos tomaras Ejercicios en la próxima tanda; yo te voy a acompañar ocupando la misma celda que te den a vos"*.

Con paternal dedicación Brochero le va explicando cada párrafo de las lecturas. "Tan suave, dulce y paternal es su manera de expresarse que don Severo Roldán, después de haber asistido él también, al marcharse el cura, mirándolo extasiado, exclama: 'Pucha, si me dan ganas de llorar al ver a este santo varón tan bueno'. Y dos gruesas lágrimas corren ya por su mejilla".[17]

[17] Del Forno, Evangelina: *Brochero. Vida heroica de un cura diocesano*, p. 11.

No se equivocaba un ápice el Pbro. Bartolomé Ayrolo cuando lo retrató con gracia sin igual y a la perfección: "Creo que es una de las obras que se le escapó al Creador sin darle la segunda mano, pero que por lo mismo lo tomó el Redentor para hacer de él un apóstol, único sin duda ninguna en toda la República por su celo, por su carácter, su modo de ser, su virtud, por los extraños modos de evangelizar. Bajo la corteza más grotesca con que se pudiera pintar a un sacerdote, ya sea en su traje, ya en su modo de hablar, encierra Brochero un corazón más grande que todo el Departamento de que es digno Cura".[18]

[18] Conferencia Episcopal Argentina, ob. cit. p.835.

V

GANAR ALMAS A TRAVÉS DE LOS EJERCICIOS

"Los Ejercicios de San Ignacio serán siempre uno de los medios más eficaces para la regeneración espiritual del mundo y para su recta ordenación, pero con la condición de que sigan siendo auténticamente ignacianos".

S.S. Pío XII, Alocución del 24 de octubre de 1948

A lo largo de su heroica vida, Brochero tuvo un Ideal que no fue otro más que el de ganar almas para el Rey de reyes.

Ganar almas, pues sabía muy bien que "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios Nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima", como lo dice claramente el Gran San Ignacio de Loyola en el Principio y Fundamento (Nº 23).

Se encontró con una feligresía catalogada de selva moral y supo transformarla usando uno de los instrumentos más eficaces para la profunda reforma social que se necesitaba.

Allá por el año 1906 se organizó en Buenos Aires un Congreso sobre Catequesis.

Para llevarlo a cabo se les mandó a los sacerdotes del país un formulario requiriéndoles información acerca de cómo se trabajaba y qué se hacía para difundir y mejorar la enseñanza de la Doctrina Cristiana.

La respuesta enviada por nuestro apóstol serrano es, simplemente, magistral:

"... Seguro de no mentir puedo decirles que aquí en el Tránsito, en Villa Dolores y en todos los Departamentos serranos, no hay nada que hacer, como no sea seguir haciendo lo mismo que se hace y

conservar lo ya hecho. Que aquí todo el mundo sabe el catecismo, y, éste más, aquel menos, todos lo practican y algunos de lo lindo; que aquí no hay niño ni chinita de doce años para arriba que no sea medio teóloga, siendo muchas las que saben de memoria a San Alfonso de Ligorio; que los niños, aún los de pecho, lo saben porque se les enseña cotidianamente y porque sus padres también lo saben.

Si no lo quieren creer, pregúnteselo al Padre Villarrubia, jesuita misionero que, habiendo venido una vez para dar Ejercicios, pudo comprobarlo. Encontró al Padre en la calle un anciano barbudo y venerable que llevaba en sus brazos un niño de pocos meses. Atraído por el aspecto de aquel anciano que le saludaba con veneración, como deben hacerlo con el sacerdote todos los cristianos, el Padre se acercó y se puso a acariciar al niño. Entonces el buen hombre dijo: «Pregúntele, Padre, al chiquito, en dónde está Dios». El Padre, sonriendo como los que no saben o no quieren creer, le hizo al niño la pregunta, a la que, no sabiendo todavía hablar, el niño respondió alzando su manecita y señalando hacia arriba, hacia abajo y alrededor, así como sabemos hacerlo nosotros cuando les enseñamos a los chicos el catecismo, diciendo: «En el cielo, en la tierra y en todo lugar». Esto me lo contó el mismo Padre Villarrubia.

Ya ven ustedes, pero lo que ustedes no ven es cómo he llegado a conseguir esto en mi parroquia y en todos estos Departamentos. Sencillamente: enseñando el catecismo y dando Ejercicios, lo uno a los niños y lo otro a los padres de los niños. Pueden hacer la prueba.

¿Qué es lo que hacía yo? Pues, Señor, cuando no tenía en mi Curato Casa de Ejercicios, arriaba con toda mi gente o con la mayor parte, una vez los hombres y otras las mujeres, a Córdoba, para asistir a las tandas que allí se daban, y a las que el primero en entrar era el Cura, porque los Curas debemos dar el ejemplo. Allí era el llanto y el crujir de dientes, no de despecho y desesperación como los condenados en el infierno sino de sincera compunción y arrepentimiento (...).

Más fácil, pero no menos fructuosa, fue la cosa cuando ya tuvimos acá nuestra Casa de Ejercicios, la que apenas si da abasto para contener tantos hombres y tanto mujererío ansioso de arreglar sus cuentas con Dios y hacer penitencia en las tandas de cada año, y eso que se dan una tras otra. Yo creo, salvo la opinión de Ustedes, aunque la experiencia me aconseja dar más fe a la mía, que eso es lo que conviene hacer en todas partes («ubique terrarum»): enseñar la doctrina y dar ejercicios, y hacer entrar a todo el mundo a ellos".

¡La respuesta no podía ser otra! La historia es testigo de que las experiencias de santificación recogidas en el transcurso de estos siglos son más que elocuentes. Recurramos en todo caso al Martirologio Romano o al Santoral; escuchemos los testimonios que nos ofrecen las familias cristianas o los de los convertidos.

Hasta periódicos netamente anticristianos tuvieron que reconocer la transformación vivida en el oeste cordobés:

Señala un cronista de "El Progreso"[19] que: "Es admirable oír hablar de los bienes que Brochero ha derramado en estos lugares. Más de una vez me han enseñado a dos o tres bandidos reconocidos, enteramente reformados y entregados en cuerpo y alma al trabajo. El licor no es necesario para este pueblo que se está formando. Es una felicidad para un pueblo que nace, levantarse desde su cuna con costumbres tan morales".

Por su parte el corresponsal del diario "Carcajadas"[20] decía: "En Pocho el Cura está haciendo prodigios. Con motivo de los Ejercicios Espirituales que hace tomar a todo ese paisanaje duro y remolón, como decía el clérigo Novoa, aquella gente está como una seda. Los robos han cesado. Las tropelías han minorado, las malas

---

[19] Periódico matutino, pro liberal. Su lectura fue prohibida por Mons. Uladislao Castellano en la Carta Pastoral del 15 de octubre de 1880. Cfr. Conferencia Episcopal Argentina, cit. p. 50.

[20] Era un semanario dominical propiedad de Armengol Tecera, reconocido masón. La lectura de este semanario también fue prohibida en la Carta Pastoral de Mons. Castellano y confirmada por el Vicario Capitular Jerónimo Clara el 25 de abril de 1884.

vidas se han disminuido, y por fin Pocho está completamente distinto de lo que era".

Sabiendo nuestro Venerable José Gabriel del Rosario Brochero que "es preciso que Él reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies" (1 Cor. 15, 25), quiso que sus feligreses sean de aquellos "que más se querrán afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal (Ejercicios nº 97), para la Mayor Gloria de Dios.

Tengamos fe en los Santos Ejercicios Espirituales y realicémoslos regularmente ya que éstos provocan un profundo cambio en el hombre. Justamente allí está la solución: en la conversión total del hombre.

Sabía el Cura Gaucho que forjar a sus criollos en la fragua de los Ejercicios era el mejor servicio que podía prestar a la Santa Madre Iglesia y a esta Patria Argentina que tanto amó.

Guardemos en nuestro corazón, y pongamos en práctica, entonces, el consejo que este criollo santazo les daba a los ejercitantes, llamándolos de este modo a la perseverancia para poder conservar e incrementar los frutos obtenidos:

"Imiten a mi mula Malacara, a quien, por la noche la encierro en un cerco y a pesar de que encuentra en él pasto para su alimento no puede permanecer allí mucho tiempo. Salta el cerco y luego se presenta en la Casa de Ejercicios".

A.M.D.G

BIBLIOGRAFÍA

AZNAR, Antonio, S.J.: *El Cura Brochero. Vida heroica y santa.* Buchardo 260, Córdoba, 1964.

CASTELLANI, Leonardo, S.J.: *Crítica literaria. Notas a caballo de un país en crisis,* Dictio, Buenos Aires, 1974.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA: *El Cura Brochero. Cartas y Sermones,* Buenos Aires, 1999.

DEL FORNO, Evangelina: *Brochero. Vida heroica de un cura diocesano,* Colección Caminos argentinos de santidad, Fundación Mater Dei, Rosario, 1999.

MIGLIORANZA, Contardo, Fray: *El Cura Brochero,* Misiones Franciscanas Conventuales, Cóndor 2150, Buenos Aires, 1994.

NORIEGA, Néstor Alfredo, sdb: *Don Quijote por las sierras de Córdoba. Semblanza del Siervo de Dios Pbro. José Gabriel Brochero,* Ed. Didascalia, Rosario, 1995.

PÍO XI: *Encíclica Mens Nostra,* en www.vatican.va

SÁENZ, Ramiro: *Sólo Dios basta. Devocionario de la familia,* Gladius, Buenos Aires, 2003.

TRIVIÑO, Julio: *El Cura Brochero. Poema criollo,* Ed. Esquiú, Buenos Aires, 1986.

ÍNDICE